

¿Importa la percepción que la sociedad tenga de la iglesia?

Una mirada eclesiológica a cómo es mirada la iglesia “desde afuera”

Por Valentín González-Bohórquez

*“... a fin de que os conduzcáis honradamente
para con los de afuera” (1 Tes 4:12)*

I. Diversos roles con la sociedad, dependiendo del mayor o menor poder social de la iglesia.

La historia ya bimilenaria de la fe cristiana hace difícil lo que parecería en primera instancia una respuesta obvia, porque a lo largo de estos siglos la iglesia, ya sea como comunidad o como institución, ha pasado por etapas diversas y complejas en su rol y sus relaciones con la sociedad circundante.

1. Comunidad contestataria. El grupo de hombres, mujeres y familias que conformó la comunidad cristiana posterior a Pentecostés, fue una comunidad contestataria, minoritaria y perseguida durante los primeros 300 años. Su actuar en la sociedad era desde la penumbra, desde la clandestinidad de los signos, de las oportunidades que se fueran dando al margen de una sociedad que los veía como una secta radical, marginal e intensamente proselitista. La relación con la sociedad era una de choque, sobre todo frente a la ideología pluralista/panteísta en materia religiosa del imperio.

2. Comunidad/institución en el poder. De poblar las catacumbas al sur de Roma (que les servía de casa y cementerio), los cristianos, que ya se contaban en decenas de miles, pasaron a ser la institución dominante del último siglo del imperio romano y después a lo largo de toda la Edad Media. Su interacción con el mundo circundante, como era natural, experimentó uno de sus cambios más paradigmáticos, que de muchas maneras sigue teniendo una presencia conflictiva en el tiempo actual. De ser un organismo organizado en torno de una teología cristocéntrica y una misiología que enfatizaba la gracia de ese cristocentrismo, fue evolucionando hacia una eventual maquinaria dominadora y absolutista, hacia un sacro imperio que trataba de emular las propuestas del San Agustín de la *Ciudad de Dios*: el reino de Dios sobre la tierra. La relación con la sociedad devino una entre la institución/jerarquía y el pueblo. En el proceso, el naciente concepto de Europa fue asociado con la presencia omnímoda de la

iglesia en todas las esferas (política, social, económica, cultural, religiosa). La sociedad funcionaba en gran medida bajo las directrices impositivas de la jerarquía que quitaba y ponía reyes, y que le daba al pueblo una religión fundamentada en un complejo proceso en el cual las tradiciones precristianas o las que desarrolla el clero, crearon una íntima ligazón en lo que llega a ser la llamada civilización cristiana de Occidente. Cultura, sociedad, poder y religión estaban fusionados en todas las expresiones de la vida diaria.

3. Comunidad/institución fragmentada: La Reforma. Un tercer movimiento de la iglesia en relación con la sociedad ocurre a partir de la Reforma, cuando el monolitismo de Roma se fracciona, iniciando un proceso de múltiples fraccionamientos y denominaciones: lo que denomina lo otro, lo estructuralmente distinto. Esta etapa es, sin duda, la más compleja de las vividas por la iglesia en relación con la sociedad a la que pretende comunicar su mensaje y en la que aspira a causar un impacto perdurable. Esta etapa es en la que, después de cerca de 500 años, estamos todavía inmersos. La iglesia católica, tratando de mantener una presencia social y religiosa autoritaria, ya de largo tiempo cuestionada y en muchos casos perdida, y las iglesias evangélicas/protestantes, fraccionadas en docenas de denominaciones y grupos autónomos/independientes, con multitud de perspectivas y enfoques acerca de la relación entre la iglesia y la sociedad, entendida esta última tanto como la sociedad en la que vivimos los cristianos como aquella a la que pretendemos influir y transformar con los valores del reino de Dios.

II. Una mirada a la relación/interacción actual de las iglesias evangélicas y la sociedad en los Estados Unidos. Es en ese contexto histórico, y sobre todo presente, en nuestro accionar como denominación o conjunto de iglesias asociadas, donde quiero invitarles a reflexionar sobre qué tan significativa es y debe ser para nosotros la percepción que ese mundo que nos mira desde afuera tenga de la iglesia. Muchas veces esa mirada desde afuera es una de indiferencia, de prejuicio, o de severo rechazo, por lo que se percibe como el fracaso colectivo de la iglesia para ayudar a hacer de la nuestra una sociedad mejor. Se le juzga a la iglesia no por lo que dice querer hacer, ni lo que representa, sino por los resultados de su praxis en la sociedad. Mi enfoque va orientado específicamente a la iglesia cristiana evangélica de los Estados Unidos en

general y en particular a las iglesias evangélicas hispanas de las cuales nosotros somos una parte.

1. Las iglesias evangélicas/protestantes en una sociedad occidental llamada postcristiana, postmoderna. Cuando menos desde la década de los sesenta del siglo pasado vivimos en lo que se denomina genéricamente como una sociedad postcristiana, postmoderna. Uno puede o no estar de acuerdo con esta nomenclatura y clasificación, pero lo cierto es que la dinámica de las relaciones entre la iglesia y la población cristiana o no-cristiana cambió de paradigmas desde la segunda mitad del siglo XX, porque la sociedad se movió también hacia una concepción más pluralista de la fe, influida en alguna medida por el auge de las religiones orientales y una cierta percibida inoperancia (irrelevancia) de las iglesias entre las nuevas generaciones (la generación del *baby-boom* y siguientes). La población en general no tiene ya la impresión de que pertenecer o no pertenecer a una iglesia en particular es un asunto institucional, familiar o socialmente compulsorio (que afecta su estado de relación con la sociedad), sino un acto enteramente voluntario. Los cristianos evangélicos mismos, dada la oferta tan amplia de opciones entre estilos, liturgias y ministerios, tienen una percepción más “suelta” en cuanto a su adherencia a una denominación o una iglesia en particular.

2. ¿Cuál es la percepción que esta sociedad postcristiana tiene de la iglesia? Entre los años 2004 al 2007, el grupo Barna, que se dedica entre otras cosas a adelantar estudios sobre el estado de la iglesia en los Estados Unidos, hizo una encuesta nacional para explorar la opinión que la sociedad en general tiene de las iglesias evangélicas (en la combinación del total de encuestas telefónicas y online participaron un promedio de 60 mil personas, incluyendo otras encuestas del Grupo realizadas entre 1997 al 2004 y otra menor en 1995). El enfoque de la encuesta fue mayormente entre personas menores de 30 años y que no asisten a ninguna iglesia, pero también incluyó a personas de todas las edades que son miembros o asisten a alguna congregación cristiana. Los resultados publicados el año pasado, 2008, en el libro *UnChristian: What a New Generation Really Thinks About Christianity... And Why It Matters*, no arrojan una imagen muy positiva de la iglesia en esta primera década de siglo.

Como señala David Kinnaman, Presidente del Barna Group, y quien organizó y dirigió junto con Gabe Lyons esta extensa encuesta, “Ud. podrá asombrarse de aprender cuán

significativo es este dilema —y cómo las percepciones negativas que sus amigos, vecinos y colegas tienen del cristianismo van a formar su vida y nuestra cultura en los años por venir (p. 11). Kinnaman, como seguramente cada uno de nosotros, piensa que si como cristianos estamos verdaderamente “interesados en comunicar y expresar a Cristo a las nuevas generaciones, debemos entender la intensidad con que (las personas que no vienen a la iglesia) expresan sus opiniones” (p. 12).

Para empezar, la encuesta señala que en el 2007 un promedio de 91 millones de personas en los Estados Unidos no tenían ninguna relación con la iglesia. De este número, el 40% son personas entre los 16 y los 29 años, las edades que fueron el foco principal de la investigación. Un 49% de este último grupo expresó que tienen “una mala impresión” de los cristianos evangélicos. Un elemento clave de esta mala percepción es debido mayormente a lo que la gente piensa que los cristianos se oponen; esto es, los cristianos son más reconocidos en la sociedad por las cosas a las que se oponen en vez de las cosas por las que están a favor.

Las tres principales cosas (con más altos porcentajes negativos) fueron: 1) Los cristianos son anti homosexuales (91%), les gusta juzgar a los demás (87%), y son hipócritas (85%). Estas tres cosas van seguidas de varias más como: son chapados a la antigua (78%), se involucran demasiado en política (75%), no tienen contacto con la realidad (72%), son insensibles a los problemas de otros (70%), son aburridos (68%), no aceptan la fe de otros (64%), y tienden a confundir a la gente (61%). Cuando Ud. medite en lo que un buen porcentaje de la gente menor de 30 años en los Estados Unidos piensa sobre la iglesia, piense en que estas son las percepciones que ellos tienen. Por supuesto, no todas las percepciones son negativas, y un buen grupo de personas cree que los cristianos tienen valores y principios positivos (76%) y perciben a los cristianos como personas amistosas (71%). Pero, de acuerdo a la investigación, solo un pequeño porcentaje cree que las palabras “amor, respeto, esperanza y confianza” describen realmente a los cristianos.

3. ¿Cómo se aplican estos resultados a la percepción que tiene la comunidad hispana de los EU hacia la iglesia evangélica? La investigación fue hecha mayormente por teléfono y cerca de 4 mil contactos online, pero en ningún momento los directores y autores del libro explican sobre la etnicidad de los entrevistados. Como en la mayoría de este tipo de encuestas,

el método de selección fue al azar (*randomly*), pero desconozco si en el proceso se tuvieron en cuenta apellidos de origen hispano (método que de todas maneras no es necesariamente representativo, porque muchas personas que tienen apellidos hispanos vienen de familias que han vivido por generaciones en los Estados Unidos y en consecuencia lo más probable es que estén asimiladas culturalmente). Lo importante, en todo caso, es preguntarnos a nosotros mismos, si con nuestra propia percepción y conocimiento de la realidad social de los Estados Unidos, estas estadísticas podrían ser válidas para la comunidad hispana (concepto también complejo debido a factores migratorios, sociales y culturales). Sin embargo, al estar en contacto diario con personas diversas de la comunidad hispana, uno podría tener la impresión de que estas estadísticas también pueden aplicarse en gran medida a la percepción que los hispanos, especialmente los menores de 30 años, tienen de las iglesias en los Estados Unidos. Por supuesto, creo que los grados en que puede medirse el nivel de postmodernidad y percepción de los hispanos/latinos en los Estados Unidos varían en medio de una compleja red de factores socioculturales.

III. Revirtiendo la percepción de la sociedad a través de la redefinición coyuntural de la praxis de la iglesia. Cuando pensamos en términos misiológicos/eclesiológicos sobre la percepción que la sociedad (no solo la hispana, sino la sociedad en general de los Estados Unidos) tiene de la iglesia evangélica, somos invitados a una seria reflexión sobre los desafíos y la responsabilidad que tenemos de revertir estas percepciones. Para ello necesitamos estar conscientes de si nos importa lo que la sociedad piense de la iglesia o no. Creo que debería importarnos porque la situación desde la cual la iglesia evangélica realiza su trabajo es una de desventaja histórica y social; es decir, cuando la sociedad no asume que su asociación con una iglesia es una actividad compulsoria culturalmente (como ocurría con la sociedad católica europea de la Edad Media), es entonces la oportunidad para mostrar los verdaderos motivos por los cuales la sociedad debe encontrar atractivo el evangelio.

1. ¿Por qué debe preocuparnos la percepción de la sociedad? Es claro que la función de la iglesia no es tratar de ser popular, aceptable y acomodaticia (como a menudo pensamos que es el camino para lo que hoy día consideramos el éxito ministerial), pero tampoco es función de

la iglesia ser deliberada y gratuitamente antagónica a la sociedad. Si nuestro campo de trabajo es precisamente esa sociedad a la que queremos alcanzar, debe, por tanto, preocuparnos que su noción de la iglesia sea el de la hipocresía, el juicio, el atraso cultural, el aburrimiento, la irrelevancia, porque son cosas vitalmente contrarias a la fe.

Kinnaman menciona varias razones por las que debe preocuparnos la percepción que la sociedad tenga de la iglesia. Una de ellas es el hecho de que Dios quiere que pongamos atención a los “de afuera” porque son el objeto de su preocupación. 2 Pedro 3:9 declara que Dios es paciente con la humanidad “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”. Otra razón es porque estas percepciones negativas no se producen solamente en las personas que no asisten a una iglesia, sino también en aquellos que están adentro, y de modo especial, de acuerdo a Kinnaman (y podemos estar de acuerdo con él), entre cristianos entre sus 20 y 30 años, particularmente porque en su conexión con la gente de fuera de la iglesia, experimentan las tensiones de tratar de seguir los valores de su fe y su compromiso con Dios y la iglesia. Un factor final que quiero destacar de las observaciones de Kinnaman es que la percepción que mucha gente tiene sobre la iglesia es porque la ve como una entidad mayoritaria, que representa el lugar al que mucha gente pertenece, pero que carece de un verdadero compromiso con su fe. Esta noción, que es objetivamente cierta, pareciera estar en contradicción con el hecho de que vivimos en una sociedad postcristiana, y define parte del *pathos* eclesial de los Estados Unidos. Aunque mucha gente tiene una asociación con una iglesia, dicha asociación no parece tener un impacto decisivo en la orientación y sentido de destino de la sociedad. El nominalismo religioso, que es parte consustancial de gran parte de la cultura religiosa católica en el mundo hispano, es también una característica del protestantismo y evangelicalismo en los Estados Unidos.

2. La tensión dialéctica de la iglesia “en el mundo”. Creo que durante mucho tiempo la iglesia ha oscilado en una posición entre el triunfalismo y la desesperanza, entre las posturas absolutistas y arrogantes y aquellas que tratan de disminuir el valor y la importancia de la iglesia, tratando de ponerla a la par con las demás instituciones del mundo. Ninguna de las dos posturas, que muestran el desequilibrio de nuestra propia condición humana, debe ser la actitud con la cual intentamos realizar nuestro llamado. Una premisa importante es la de

recordar una vez y siempre que Jesucristo es el Señor de la iglesia, y que por tanto Él es quien conoce su derrotero preciso y el rol que debe cumplir en este mundo del cual Él también es Señor. Este llamado tiene una correlación ontológica con las comunidades neotestamentarias, cuando la praxis de la iglesia se definía en la doble tensión dialéctica de ser redentiva (de “hacernos a todos como todos a fin de ganar a muchos”) y a la vez no ser “del mundo”. Desde la visión excéntrica, esta tensión forma parte de la paradoja de la misión de la iglesia en un mundo que la reclama vitalmente (porque la necesita aún sin saberlo), pero que al mismo tiempo la percibe como fallida, incompleta y estorbosa.

3. La definición de nuestra praxis. A fin de cumplir con fidelidad a Dios la misión que Él mismo nos encomendó de ser sal y luz de la tierra —fermento que se hace vida en el territorio de la muerte, la labor pastoral y de liderazgo son esenciales como modelo y como guía. La agenda de la iglesia, desde la pequeña y mediana a la mega iglesia, su compromiso con las nuevas generaciones, es revertir esas percepciones en los valores opuestos. Si las nuevas generaciones reclaman que no haya hipocresía, ni juicio sin misericordia, ni un activismo irrelevante y obsoleto con el cual no se siente identificado, es porque somos llamados a producir los cambios de forma y de contenido que correspondan a los tiempos en los que nos toca vivir.

En las conclusiones a la investigación del Grupo Barna, Kinnaman apunta al hecho de que debemos estar dispuestos como cristianos, y como líderes, a examinar nuestras propias vidas en esta coyuntura histórica y a tomar como modelo de contra respuesta a Jesús y la manera como Él vivió. La primera de ella es a tener la correcta perspectiva cuando enfrentamos la crítica de la sociedad. Jesús mismo señaló que debíamos sentirnos bendecidos cuando enfrentamos persecución por causa de ser seguidores suyos. A veces enfrentó la crítica con palabras, otras veces con silencio; algunas veces contando una parábola y otras haciendo una pregunta. La diversidad de respuestas de Jesucristo apuntan al hecho de que Él se resistía a ser definido por los demás, y buscaba los motivos subyacentes en la crítica (la propia responsabilidad moral y ética de los que le señalaban). Saber cómo responder a la crítica de los de adentro y fuera es una oportunidad en sí misma para causar un impacto espiritual positivo.

Una segunda manera de conectar con una generación crítica hacia la iglesia es a través de establecer relaciones y amistad. Más que sus milagros, sanidades y palabras, el interés de Jesús radicaba en conectar con las personas, convivir con ellos. El fundamento mismo de la iglesia son las relaciones interpersonales que transforman vidas. Una tercera manera de responder a una generación tecnológica, *wireless* e internáutica es a través de la creatividad. La generación actual ansía ver el evangelio presentado en formas novedosas, que imagine y recree las viejas historias de la Biblia a través de las artes. Del mismo modo, la gente espera ver a los cristianos servir verdadera y desinteresadamente a los demás, de la manera como Jesús lo hizo. El estilo esencial del ministerio de Jesús fue el de la compasión por los demás.

Por supuesto que debe importar a la iglesia la manera como la sociedad la percibe, sobre todo en estos tiempos en que nuestra tarea se hace en gran manera desde la periferia y no desde los centros de poder político y religioso. En gran manera de ello depende la receptividad o el rechazo que eventualmente pueda tener sobre aquellos que son objeto de su misión. Por tanto, como iglesia, como denominación, debemos mantener atentos los radares a las sensibilidades y preocupaciones de nuestra generación a fin de causar en ella el impacto más significativo posible con el mensaje de Cristo. No otra es nuestra responsabilidad.

Presentado en la Conferencia Teológica de la Convención de Iglesias Bautistas Hispanas, el 24 de octubre, 2009 en la Iglesia Bautista Hispana de Cristo, El Monte, CA.